

EL SILENCIO DE LAS FUENTES: PRÁCTICAS FUNERARIAS EN LA EDAD DEL BRONCE DEL NOROESTE Y SU CONTEXTO EUROPEO

Ramón Fábregas Valcarce, Richard Bradley***

RESUMEN.- En este trabajo se estudian integradamente las cambiantes relaciones entre túmulos funerarios, cistas, petroglifos y depósitos metálicos de la Edad del Bronce del Noroeste de la Península Ibérica. Tras el Bronce Antiguo, época en que las prácticas funerarias presentaban gran variedad (inhumación y cremación en cistas, túmulos y pozos) y riqueza de armas y adornos metálicos (reflejo de la importancia social de estos elementos, que también aparecen en petroglifos y depósitos), hacia 1600 a.C. (en años de calendario tras la calibración de las fechas) comenzó una "Edad oscura" que apenas dejó restos funerarios ni domésticos. Sin embargo, presentamos nuevos datos e interpretaciones que niegan la supuesta crisis social de ese periodo: algunas fechas radiocarbónicas sugieren que los túmulos se siguieron empleando o incluso construyendo nuevos durante la segunda mitad del II milenio a.C., aunque con ajuares más pobres y sin elementos metálicos, los cuales parecen haberse desviado a otros contextos por el posible surgimiento de prácticas funerarias más complejas (incluyendo nuevos tratamientos de los restos óseos, que habrían circulado por diversos contextos, entre ellos los cursos fluviales). En la segunda parte del artículo se examina el contexto europeo de la dinámica vislumbrada en el Noroeste, con cuatro tipos de relación entre elementos del registro arqueológico: depósitos metálicos y arte rupestre, enterramientos y túmulos, ajuares funerarios y depósitos votivos, y hallazgos fluviales y restos humanos.

ABSTRACT.- In this paper we take on an integrated approach in order to study the changing relationship between burial mounds, cists, petroglyphs and metal deposits in the NW Iberian Bronze Age. In the Early Bronze Age we have a variety of funerary practices, including inhumation or cremation in stone cists and the use of cairns, low mounds and pits. Some of these tombs contained a lavish funerary assemblage, with metallic weapons and ornaments playing a major role, drawing the attention towards the social relevance achieved by certain metal objects that occur in shifting numbers on rock carvings and tombs or hoards. It has been usually considered that around 1600 BC (in calendar dates) an Age of Darkness would take place in NW Iberia, based on the scanty domestic and funerary evidence. Nevertheless we put forward new data and interpretations that cast some doubts on the very existence of a social collapse during that period. Among those are some C-14 dates suggesting the continuity of use or even the building of mounds in the 2nd half of the II millenium, but this time with 'impoverished' grave assemblages and certainly lacking the formerly usual metal items, perhaps these being deviated to other contexts, maybe due to the inception of more complex mortuary practices, including various ways of treating the corpse and the circulation of bones through different contexts, one of them water courses, while mounds or other types of tomb may still have played a complementary role. In the second part of this paper we examine the European background for the dynamics we have barely hinted in the Northwest archaeology, analysing four specific relationships between different parts of the archaeological record: metalwork deposits and rock art, burials and burial mounds, grave goods and votive deposits, and finally river finds and human remains.

PALABRAS CLAVE: Edad del Bronce, Prácticas funerarias, Depósitos metálicos, Petroglifos, Noroeste.

KEY WORDS: Bronze Age, Burial practices, Metalwork deposits, Rock art, Iberian Northwest.

* Facultade de Humanidades, Area de Prehistoria, 32004 Ourense.

** Department of Archaeology, University of Reading, RG6 2AA Inglaterra.

*No sé si tinc raó
potser tú, potser jo.*

Lluís Llach, Cançó d'amor.

1. INTRODUCCIÓN

Los arqueólogos estudian la cultura material del pasado con diferentes objetivos. La aproximación tradicional recurre a manejar clases enteras de artefactos, examinando los cambios de frecuencia a lo largo del tiempo, así como sus pautas de asociación con otros grupos de objetos. La finalidad principal de esta labor sería la definición de fases, tradiciones o grupos culturales, a través de métodos como la seriación o diversos tipos de análisis multivariante (Shennan 1988).

Una aproximación alternativa es la que considera que la cultura material no es algo neutro, sino portador de significados determinados en el pasado (Hodder 1982; Shanks y Tilley 1987: cap. 4). Así, algunos objetos podrían ser empleados en ciertos contextos y no en otros, de tal forma que diferentes artefactos o incluso conjuntos completos de ellos pueden haber existido en paralelo, pues su función específica en la práctica social los mantendría apartados entre sí. De ahí que sea a menudo tan difícil encontrar asentamientos cuyo registro arqueológico sea semejante al de las tumbas del mismo período, pues los materiales depositados en las últimas serían apropiados solamente para los muertos y por tanto excluidos con frecuencia de los más rutinarios contextos domésticos.

Por otra parte, si ciertos artefactos eran portadores de un significado especial, existirían reglas dictaminando quién podía hacer uso de ellos y en qué términos, incluyendo las circunstancias en que esos materiales eran eventualmente retirados de circulación. Tradicionalmente se ha contemplado la deposición como algo dado, proporcionando una serie de conjuntos cerrados —depósitos, tumbas, basureros, etc.— idóneos para estudios de cronología o asociaciones. En los últimos tiempos se ha pasado a considerar la deposición como una práctica cultural que precisa ser analizada por sí misma (Levy 1982; Bradley 1990; Hansen 1991), una postura metodológica cuyas consecuencias son importantes. Así, a los distintos modos de asociación normalmente estudiados por los arqueólogos se añade el examen de las pautas de exclusión, en la creencia de que ciertos conjuntos artefactuales pueden representar unas particulares actividades sociales y estar restringidos por tanto a contextos bien determinados.

Esas tradiciones y prescripciones variarán probablemente en el curso de los años, pues las gen-

tes que controlan el acceso a determinados materiales tienen la posibilidad de actuar estratégicamente, y a fin de mantener su posición privilegiada pueden modificar la circulación de ciertos artefactos, o bien alterar en su favor las normas que rigen su deposición o intercambio. Todas estas maniobras pueden tener su reflejo arqueológico en la modificación contextual que afecta a un objeto particular, a lo largo del tiempo o entre una región y otra, de tal forma que si no apreciamos el valor significativo de la cultura material y su eventual utilización política, nos veremos confrontados a lagunas en el registro cuando en realidad de lo que se trata es de cambios en las prácticas sociales. Este peligro se ve acentuado por la inveterada costumbre de especializarse en un aspecto particular de un período dado, de tal forma que los ajueres funerarios, el mundo doméstico, el arte o los depósitos pueden ser tratados de forma aislada, dilapidándose así las ventajas de una aproximación integrada hacia esos distintos aspectos de una misma realidad.

Un ejemplo de como esos problemas pueden entorpecer una visión completa de la dinámica social nos lo proporciona la cambiante relación entre túmulos, cistas, petroglifos y depósitos metálicos en la Edad del Bronce del Noroeste. En nuestro trabajo propondremos que existe una relación entre los hallazgos realizados en esos cuatro contextos y que la secuencia general discernible en esta zona tiene su reflejo en procesos similares detectados en otros lugares de la Europa del Bronce.

2. EL CASO DEL NOROESTE PENINSULAR

En las secuencias clásicas del Noroeste el momento final de utilización de los túmulos tendría lugar a comienzos del Bronce inicial, a juzgar por la episódica frecuentación tanto de sepulturas de corredor como de cámaras simples en esos momentos (ver fechas en Tabla 1), junto al hallazgo ocasional de elementos metálicos. En esta etapa el papel estelar dentro de la órbita funeraria estaría desempeñado por las cistas excavadas en el suelo, carentes generalmente de cobertura tumular y conteniendo un enterramiento individual, acompañado a menudo de un lujoso ajuar, incluyendo puñales de espigo, joyas, brazales de arquero o pequeños vasos de fondo plano.

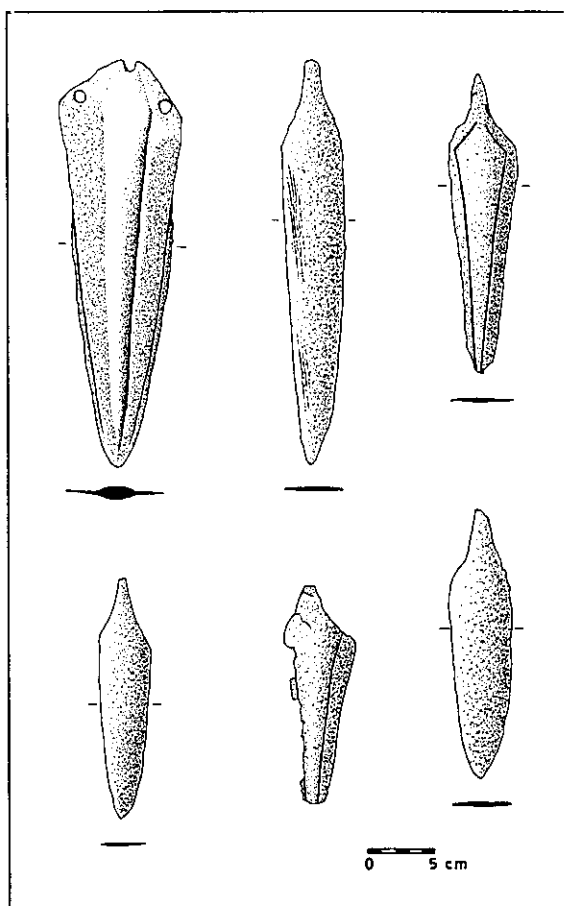
El panorama esbozado se ha hecho más complejo en los últimos años, ya que por un lado existen *cairns*¹ datados en el Bronce inicial, albergando a veces materiales (como las espirales de plata) hallados igualmente en las cistas y encuadrados bajo la etiqueta de grupo de Montelavar. Otros tipos

de túmulos proporcionaron asimismo puntas Palmela, diademas áureas y puñales de espigo (Iglesia 1908; Cruz 1992), al tiempo que se ha reconocido en excavaciones modernas que hay cistas carentes de los ajuares excepcionales, previamente atribuidos a la generalidad de éstas. En este mismo sentido, los trabajos arqueológicos llevados a cabo en la necrópolis de Agro da Nogueira (Toques, Coruña) han permitido confirmar la existencia de diferentes tratamientos funerarios durante el Bronce inicial, incluyendo cremación e inhumación en cistas o fosas, acompañadas de escaso o nulo ajuar (Meijide 1995).

Sintetizando las informaciones aportadas hasta aquí, nos encontramos con que a comienzos de la Edad del Bronce se da una notable variedad en lo que atañe a los contextos sepulcrales, implicando el uso de túmulos en la tradición megalítica, *cairns*, cistas y posiblemente fosas. Esta heterogeneidad parece afectar también a los gestos funerarios, pues al menos en dos yacimientos (Agro da Nogueira, Gandón), cremación e inhumación están presentes de forma contemporánea, a lo cual habría que añadir el amplio elenco de ofrendas funerarias, en las que de todos modos juegan un papel importante el metal y determinados tipos de cerámica. Toda esta variabilidad interna parece apuntar no tanto a la existencia de diferencias culturales o cronológicas, como a la existencia de distintas alternativas en las prácticas mortuorias, en consonancia con la *persona social* del difunto y las relaciones de poder establecidas en el seno de la comunidad, sin olvidar el importante papel de las tradiciones locales sobre las que inciden los cambios.

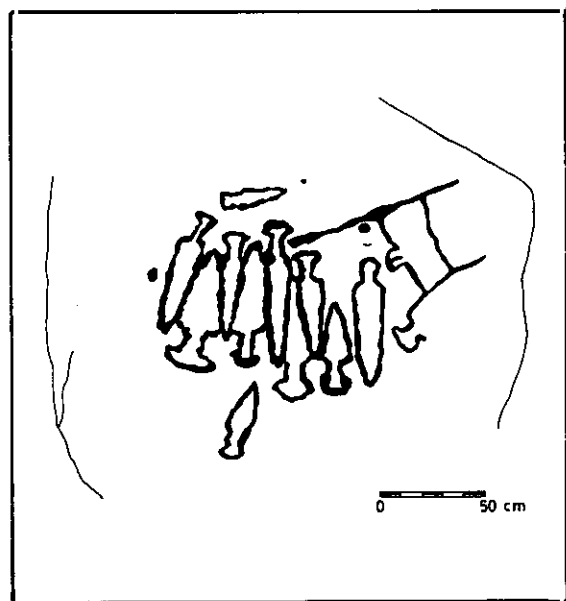
El papel social de la metalurgia en los primeros estadios de la Edad del Bronce es subrayado también por el carácter conspicuo de los comparativamente escasos petroglifos con representaciones de armas (básicamente puñales y alabardas), que a menudo están en afloramientos visibles o dominan amplias panorámicas, en contraste con las rocas grabadas con motivos más comunes (Peña y Rey 1993: 36; Bradley *et al.* 1994: 18). Podríamos incluso observar algunas semejanzas entre depósitos y petroglifos respecto a la ergología metálica presente: así en el ayuntamiento de Rianxo (Coruña) aparecen muy próximos entre sí una piedra con grabados (Foxa da Vella) y el depósito de Monte Lioira, encontrándose en ambos yacimientos alabardas y puñales (Meijide 1989: 155) (Fig. 1). Aún más revelador, en ciertas estaciones como la de O Ramallal (Campolameiro, Pontevedra) (Peña *et al.* 1993: 30), las armas representadas (aquí sólo puñales) parecen estar dispuestas en posición de almacenaje (Fig. 2).

La comparencia de artefactos metálicos durante la transición III-II milenios no es en modo



Del: Anxo R. Paz 1/95

Fig. 1.- Depósito de Leiro (Rianxo, A Coruña) (según Meijide 1989).



Del: Anxo R. Paz 1/95

Fig. 2.- Petroglifo de O Ramallal (Campo Lameiro, Pontevedra) (según Peña *et al.* 1993).

alguno uniforme en los distintos contextos: de esta forma los yacimientos domésticos son muy pobres en esta clase de objetos, a despecho de las ocasionales evidencias de actividad metalúrgica en algunos de ellos; los puñales a su vez hacen aparición en depósitos, tumbas y petroglifos, mientras que las alabardas se encuentran sólo en depósitos y petroglifos; las hachas, por último, se han recuperado casi exclusivamente de depósitos². Esta desigual distribución apoya la idea de que la selección de esos artefactos no se efectúa al azar, sino que sigue unas normas que delimitan y regulan las circunstancias en que uno u otro objeto debe ser depositado, en función del significado especial que se les atribuye.

En relación con la cronología de las actividades funerarias, ignoramos la perduración dentro del II^o milenio de algunos de los tipos de deposición comentados más atrás, pues con la excepción de un par de *cairns* recientemente excavados (Meninas do Crasto 4 y Gregos 1) (Tabla 1), carecemos de fechas absolutas para el uso primario de cualquier otra tum-

ba del Bronce inicial y en consecuencia debemos recurrir a la cronología comparada que, basándose en las semejanzas formales con el utilaje metálico de Wessex I o la 1^a Serie de Túmulos Armoricanos, servirían para situar los materiales recobrados en las cistas o túmulos del Noroeste en el periodo que estamos tratando. De todos modos, dejando al margen las limitaciones intrínsecas a este método de datación, desconocemos la secuencia interna de las prácticas funerarias documentadas y el grado de persistencia de algunas de ellas, especialmente en el caso del cada vez mayor número de tumbas carentes de materiales diagnósticos arqueológicamente. Una situación aún más problemática la plantea el establecimiento de la cronología de los petroglifos, pues aunque las armas representadas parecen encuadrarse en la transición del III^{er} al II^o milenios (Peña y Rey 1993), la presencia de tipos metálicos posteriores no puede descartarse en vista del carácter esquemático de las figuras o, en otro orden de cosas, simplemente no sabemos durante cuanto tiempo puede haber pervivido la tradi-

Yacimiento	Resultado C-14	Fecha Calibrada (1σ)	Fecha Calibrada (2σ)
Châ de Parada 1	Gif-7672: 3940±80 bp	2558-2314 a.C.	2615-2147 a.C.
M. do Crasto 4	CSIC-661: 3830±50 bp	2393-2148 a.C.	2458-2056 a.C.
M. do Crasto 4	CSIC-660: 3800±50 bp	2289-2139 a.C.	2451-2041 a.C.
M. do Crasto 4	Media: 3815±36 bp	2290-2147 a.C.	2397-2137 a.C.
Mourela 7	CSIC-977: 3820±35 bp	2312-2149 a.C.	2398-2129 a.C.
Reboredo 1*	GrN-19214: 3820±70 bp	2397-2140 a.C.	2464-2034 a.C.
O. de Gregos 1	CSIC-772: 3620±50 bp	2032-1890 a.C.	2133-1784 a.C.
O. de Gregos 1	CSIC-771: 3360±50 bp	1731-1529 a.C.	1746-1517 a.C.
O. de Gregos 5	CSIC-659: 4780±60 bp	3642-3387 a.C.	3693-3374 a.C.
O. de Gregos 5	CSIC-773: 3250±60 bp	1598-1435 a.C.	1675-1404 a.C.
Piedrafita 5	Ly-2939: 3160±130 bp	1525-1265 a.C.	1734-1044 a.C.
Piedrafita 5	UGRA-191: 2610±110 bp	838-559 a.C.	988-405 a.C.
Ponte da Pedra*	GrN-19216: 2970±90 bp	1370-1021 a.C.	1415-915 a.C.
Cabritos 1	GIF-7019: 2700±60 bp	902-805 a.C.	978-792 a.C.
T. da Caldeira (fosa 2)	KN-2769: 3299±55 bp	1629-1514 a.C.	1731-1433 a.C.
T. da Caldeira (fosa 2)	KN-2770: 3210±55 bp	1519-1416 a.C.	1607-1327 a.C.
T. da Caldeira (hogar sobre fosa 5)	CSIC-597: 2990±50 bp	1297-1124 a.C.	1388-1031 a.C.

El tramo de la curva de calibración empleado es el de Pearson y Stuiver (1993). Hemos recurrido al programa de calibración de Stuiver y Reimer (1993) en su versión 3.03.

Tabla 1.- Fechas radiocarbónicas para contextos funerarios en el Bronce del Noroeste (todas corresponden a túmulos o *cairns* excepto las de Tapedo da Caldeira).

* Ya finalizado este trabajo han llegado a nuestras manos dos comunicaciones de J. Vaquero (1995a y b) con un primer avance de la excavación de varios túmulos de As Pontes (Coruña), dando a conocer unas fechas radiocarbónicas para sendas fosas contiguas en cada caso a una simple losa enhiesta y recuperadas intactas en los monumentos Reboredo 1 y Ponte da Pedra, cuyas características arqueológicas y tardía cronología vienen a corroborar las consideraciones ya expuestas más atrás. Por otra parte, en el ejemplo concreto de Ponte da Pedra parece documentarse un gran intervalo temporal entre la delimitación inicial del yacimiento (GrN-19217: 5020 ± 70 bp) y la construcción tumular definitiva.

ción de reproducir en la piedra modelos muy específicos de armamento, dada la fuerte carga simbólica implícita en estas manifestaciones.

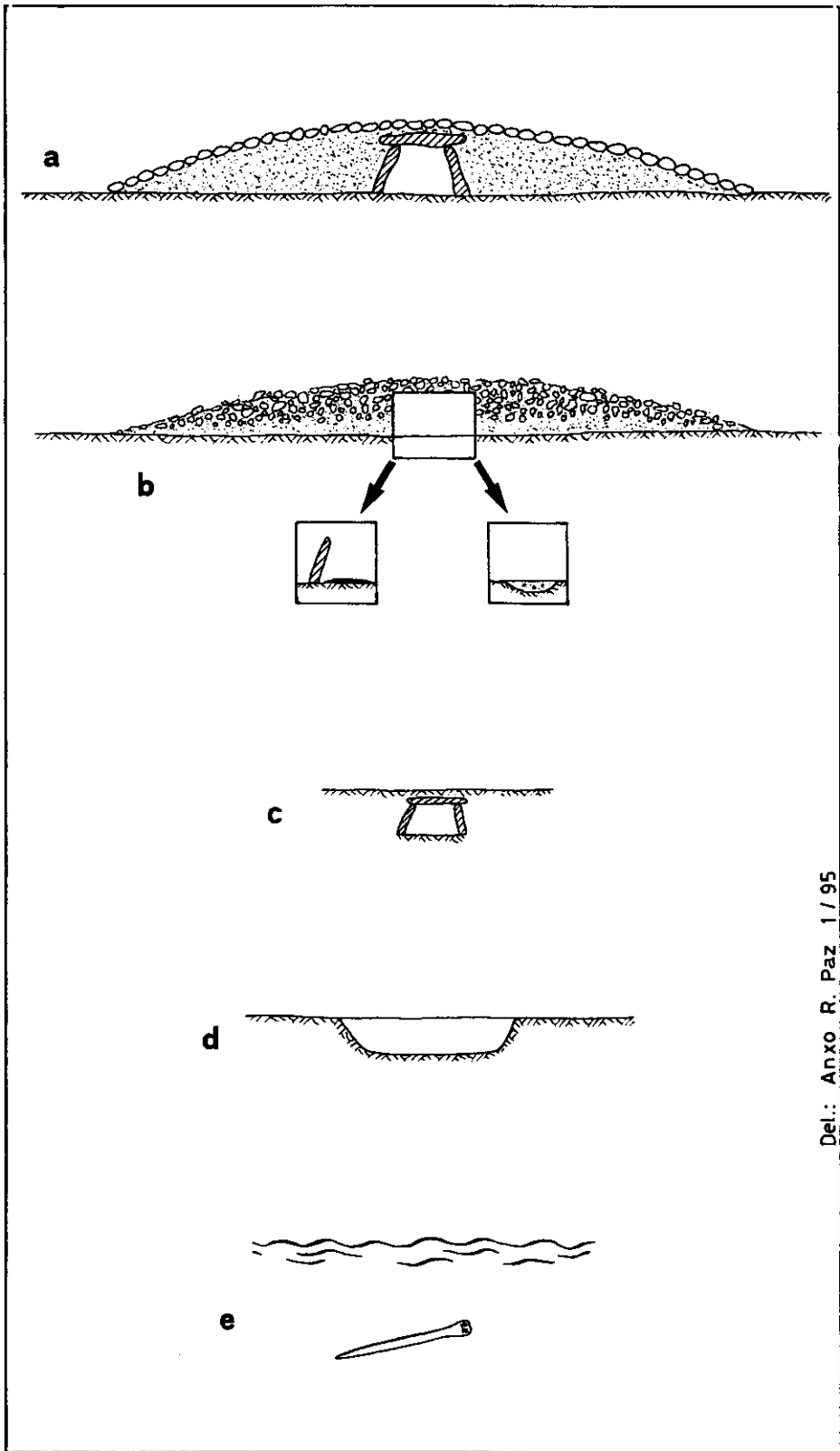
En cualquier caso, parecería que hacia el fin del Bronce inicial (*circa* 1600 a.C. en fechas calibradas) una suerte de “edad oscura” tomaría carta de naturaleza en el Noroeste, implicando la virtual desaparición de toda clase de sepultura reconocible o casi cualquier actividad arqueológicamente identificable, hasta llegar a los tramos finales de la Edad del Bronce (hacia el siglo XII a.C.) cuando comienzan a surgir asentamientos fortificados prelujiendo el ulterior florecimiento de los castros de la Edad del Hierro. Este *silencio de las fuentes* vendría a coincidir con dinámicas semejantes en otras regiones peninsulares o de la Europa atlántica durante el mismo período.

En otro lugar hemos analizado críticamente la denominada crisis del Bronce medio (Fábregas 1995), poniendo de relieve que a pesar de la existencia de modificaciones significativas en las formas de asentamiento y subsistencia durante el segundo milenio, no hay evidencias claras de una verdadera ruptura en el sistema socioeconómico. Más bien al contrario, en vez de un proceso de tipo involutivo como a veces se ha planteado, detectamos indicios de que habría tenido lugar una *revolución silenciosa*, sugerida por el registro polínico que muestra un avance paulatino de la deforestación, así como por las innovaciones en el campo tecnológico, de las que da fe la expansión del verdadero bronce junto con la aparición de nuevos tipos de herramientas y armas (estoques, espadas, hachas de tipo Barcelos, etc.), que a su vez demandarían la existencia de redes de intercambio a través de las cuales obtener materias primas e información. Por otra parte, el alegado descenso en el número de asentamientos durante la etapa central del II^o milenio podría ser más aparente que real, causado básicamente por la ausencia de utillaje metálico u otros materiales arqueológicamente diagnósticos en un conjunto de yacimientos al aire libre descubiertos en los últimos años, caracterizados típicamente por su parquedad estructural y la tendencia a ubicarse cerca de cursos de agua o cuencas húmedas, con ocupaciones generalmente episódicas y repetidas (Gonçalves 1981; Jorge 1988; Méndez 1994). Aunque la información disponible es todavía muy limitada, podemos interpretar los rasgos mencionados como un reflejo de los cambios en las estrategias de subsistencia a lo largo del II^o milenio en la fachada atlántica de la Península, incluyendo un mayor énfasis en la ganadería³, acompañado de una paralela reducción en el tamaño de las unidades sociales y de la circulación de objetos de prestigio (Lilios 1993a y b; Santos

1992).

Un manto de oscuridad parece cernirse igualmente sobre el mundo funerario a partir del 1600 a.C. en el Noroeste, una vez que los diferentes tipos de túmulos y las cistas conteniendo ricos ajuares metálicos se eclipsan por completo. Sin embargo, una lectura tan literal del registro arqueológico, aunque factible y ampliamente admitida, encierra sus peligros y podría no adecuarse a la información existente, parte de ella sólo parcialmente divulgada. Como hipótesis alternativa planteamos la posible perduración de túmulos, generalmente bajos y de pequeño tamaño, albergando ajuares pobres, a los cuales se podrían sumar otras clases de sepulturas, como las fosas excavadas en el suelo o en túmulos más antiguos. Los materiales más valiosos, mientras tanto, se depositarían mayoritariamente en otros contextos, apareciendo de forma aislada (¿?) o integrados en depósitos terrestres o acuáticos, los cuales en algún caso podrían estar ligados a prácticas funerarias (Fig. 3).

Dada la ya comentada parquedad de la cultura material asociada a ellos, la evidencia fundamental para la pervivencia de los túmulos estriba en un puñado de dataciones radiocarbónicas y algunas raras informaciones de índole arqueológica que no obstante parecen mostrar algunos rasgos comunes. El primero de ellos es la ausencia de cámaras ortostáticas, sustituidas por anillos líticos centrales, suelos preparados o una sencilla losa a modo de estela, acompañada o no de fosas/pozos, a menudo conteniendo restos de combustión. Esta clase de estructuras centrales puede corresponderse con un empleo primario del monumento (*v.g.* Gregos 5, Piedrafita 5), o ser fruto de la readaptación de un túmulo posiblemente anterior (Cabritos 1) (Fábregas 1993). Una segunda característica de estas construcciones es la práctica ausencia de ajuar y muy en particular de artefactos metálicos coincidentes con las fechas de Carbono 14 que nos llevan a un Bronce Medio o Final (Tabla 1). Ciertamente, el intenso saqueo sufrido por la mayoría de los monumentos podría explicar la ausencia de unos objetos metálicos que han atraído la atención del hombre en todas las épocas, pero las excavaciones llevadas a cabo recientemente en túmulos relativamente bien conservados (Vaquero 1993; 1995a y com. pers.) arrojan la misma imagen de *empobrecimiento* para la segunda parte del II^o milenio, una pauta que como veremos más adelante se hace patente en otras regiones atlánticas durante el Bronce avanzado. Finalmente, las características estructurales de estos túmulos tardíos —usualmente pequeños y carentes de cámara pétreo o de un acceso más o menos regular al recinto mortuorio—, refuerzan la im-



Del.: Anxo R. Paz 1 / 95

Fig. 3.- Esquema con algunas de las fórmulas de deposición funeraria propuestas en el texto para el II milenio.

presión de hallarnos ante sepulturas individuales y, dado el reducido tamaño de una parte de las fosas documentadas, verosíblemente conteniendo una inhumación secundaria o parcial, o quizás una cremación, práctica ésta documentada ya en el Bronce inicial (Meijide 1995) y en absoluto contradictoria con los informes antiguos acerca de hallazgos de cenizas.

Ante estas informaciones y nuevas interpretaciones deberían revisarse con otros ojos las referencias antiguas sobre hallazgos metálicos del Bronce avanzado en contextos tumulares, como de hecho reclaman Kalb y Höck (1979: 602) en la publicación de sus excavaciones en la necrópolis de Fonte da Malga (Beira Alta). Esta probable continuidad en la utilización de los túmulos es también puesta de manifiesto por Fabián (1992: 119; 1993: 168), a tenor de la abundante presencia de cerámicas del Bronce medio y posteriores en monumentos de la Submeseta Norte⁴. Un fenómeno afín lo tenemos documentado en la *mámoa* 5 de O Camballón (Pontevedra), en cuyo túmulo se habían practicado dos fosas secundarias conteniendo sendos vasos de ancho borde horizontal, una especie cerámica de cronología no bien esclarecida pero que en todo caso llega hasta los últimos momentos del Bronce (Calo y Sierra 1983: 67; Fuente 1988: 97). Hay que recalcar de todos modos que las evidencias recogidas hasta el momento, muchas publicadas sólo parcialmente, no siempre señalan en la misma dirección y aunque la frecuentación de los túmulos durante la segunda mitad del II^o milenio está bien atestiguada, los motivos reales no siempre son meridianamente claros. Sin embargo, un propósito funerario resulta muy verosímil en aquellos túmulos construidos o ampliamente modificados en el curso de este período, si bien la escasez de material en ellos nos obligará a seguir dependiendo de una cuidadosa observación estratigráfica y de la consecución de más fechas radiocarbónicas que completen el panorama esbozado ahora mismo.

Hace unos años (Criado y Fábregas 1989) proponíamos la existencia de varias líneas de fuerza en el fenómeno megalítico del Noroeste peninsular, definidas por la interacción de diversas variables: presencia del monumento en el paisaje, relación volumétrica entre cámara y túmulo o las características de la cultura material recuperada en su interior. Aunque estas regularidades no pueden equipararse a fases cronológicas y deben contemplarse más bien como alternativas parcialmente sincrónicas, es cierto que algunas de ellas están mejor representadas en ciertos momentos y, a título de ejemplo, planteábamos la posibilidad (*ibid.*, 60) de que en la transición entre el Calcolítico y la Edad del Bronce podía tener lugar un giro hacia la construcción de túmulos bajos,

con pequeñas cámaras o sin ellas y dotados de una rico ajuar, quizás como un reflejo de la importancia creciente del poder personal de algunos individuos. Las cistas y *cairns* elevados durante el Bronce inicial constituirían un ulterior desarrollo de estas prácticas y los principios ideológicos que las sustentan. En este marco interpretativo del fenómeno tumular, podemos ver las nuevas dinámicas a partir del siglo XVI a.C. como la implementación de una nueva regularidad, quebrando las costumbres establecidas al cortar la deposición de objetos metálicos en las tumbas, una práctica que tal vez había perdido su significado primigenio a raíz de la generalización de la metalurgia o, más simplemente, insostenible dentro de los límites de una formación socioeconómica con un margen restringido para el crecimiento. Aunque en estas páginas hemos enfocado nuestra atención sobre la tradición tumular, resulta significativo que las *sepulturas planas* repetidamente situadas en este período, muestran igualmente la misma ausencia de metal, aumentando de paso las dificultades de datarlas de modo seguro. El único cementerio de este tipo excavado hasta ahora (Tapado da Caldeira, Baião) confirma esa impresión, ya que en cada una de las fosas detectadas se recogió simplemente un vaso cerámico, datando el C-14 una de estas estructuras hacia los años centrales del II^o milenio⁵ (Jorge 1980; 1985).

Sintetizando lo dicho hasta ahora, hemos observado que en la segunda mitad del II^o milenio continuarían existiendo diversas alternativas en el tratamiento de los muertos, ya sea construyendo o adaptando túmulos y *cairns* o bien recurriendo a las menos llamativas *sepulturas planas*, todos ellos compartiendo aparentemente la misma falta de objetos metálicos. Más atrás hemos apuntado que esa presunta desaparición del metal de los contextos funerarios podría estar causada por la pérdida del significado original atribuido a aquél, o bien por la imposibilidad de efectuar ulteriores inversiones en el ajuar funerario, o quizás una combinación de ambos factores. Otra posibilidad que consideraremos brevemente es la de un desvío de ciertos materiales metálicos desde las tumbas hacia otros contextos ceremoniales, muy en particular los depósitos acuáticos. En efecto, tenemos noticias de la recuperación de un creciente número de armas principalmente en los ríos Ulla y Miño-Sil, consistiendo la mayoría de ellas en espadas y puntas de lanza encuadrables en el Bronce final (Meijide 1994: 216), si bien hay indicios de que estas prácticas pueden haber empezado antes, teniendo en cuenta el hallazgo de dos estoques en Catoira (Pontevedra) con afinidades británicas, los cuales podrían situarse en el tránsito del Bronce medio al final (Meijide 1988: 4) quizás en una cronología algo pos-

terior a los mediados del II^o milenio⁶.

De ese modo podríamos contemplar el inicio de la deposición intencional de armas en medios acuáticos casi al mismo tiempo que éstas desaparecen de otros contextos, ya sean túmulos o sepulturas planas o, posiblemente antes, en el arte al aire libre. Un corolario simple de esta afirmación sería que los depósitos acuáticos tienen una significación funeraria, encarnando el mismo papel estratégico y legitimador desempeñado por los vistosos enterramientos de períodos anteriores. En realidad, la presencia de objetos metálicos en los ríos, no siempre ni exclusivamente armas, puede obedecer a diversos motivos —pérdidas casuales, ofrendas votivas, conflictos— sin conexión alguna con la esfera mortuoria, si bien en los últimos tiempos se documenta un número creciente de ejemplos que vinculan los hallazgos metálicos en zonas húmedas con la aparición de restos humanos (Bradley & Gordon 1988 *et infra*). La realidad manejada es pues plural y la evidencia disponible todavía muy parca, pero creemos que hay indicios suficientes para formular la hipótesis de la existencia en el Bronce avanzado del Noroeste de complejas prácticas funerarias del tipo que vamos a revisar más adelante, incluyendo diferentes maneras de tratar el cadáver y la eventual circulación de ciertas partes anatómicas entre diversos lugares, uno de ellos quizás los cursos de agua, en tanto que túmulos u otra clase de sepulturas jugarían un papel complementario, en algún caso actuando tal vez como simples cenotafios.

3. UNA PERSPECTIVA EUROPEA

Las informaciones que acabamos de considerar giran en torno a la específica relación entre diferentes partes del registro arqueológico: depósitos de metal y arte rupestre, enterramientos y construcciones tumulares, ajuares funerarios y depósitos votivos, y por último hallazgos en los ríos y restos humanos. Todas ellas tienen su reflejo en amplias zonas del Norte y Noroeste de Europa y aunque sería imprudente invocar una explicación monocausal, lo cierto es que los cambios que vamos a describir a continuación tienen lugar durante el mismo período.

3.1. Depósitos de metal y arte rupestre

En cierto modo éste es el aspecto más difícil de abordar, dado el papel singular que el arte rupestre juega en la arqueología prehistórica, a pesar de lo cual se han observado grandes semejanzas en regiones europeas bien alejadas entre sí. Es poco frecuente que las rocas con grabados actúen como polo de

atracción para la deposición de artefactos, aunque hay excepciones a la regla en la Italia septentrional, Sur de Suecia y Gran Bretaña. Incluso en algún caso documentado en Suecia o Inglaterra se ha señalado la construcción de *cairns* en puntos donde previamente existían petroglifos (Bertilsson 1986; Bradley y Matthews, en preparación)⁷, y asimismo en las Islas Británicas fragmentos de paneles rupestres fueron desplazados para acabar formando parte de las losas de una cista (Bradley 1992).

Muy a menudo, esos grabados muestran artefactos metálicos perfectamente identificables, aunque hay áreas como Gran Bretaña o la ya mencionada Galicia donde esa clase de representaciones constituye de hecho sólo una pequeña proporción del repertorio iconográfico, mientras en otras regiones —Suecia meridional, Sur de Francia e Italia septentrional—, las armas aparecen con gran frecuencia, aunque no necesariamente los tipos que a la hora de la verdad son más abundantes en los yacimientos coetáneos (Bradley 1990: 83-85). Esta circunstancia llama la atención hacia la cuestión de los artefactos de procedencia extralocal, a menudo más deseables y merecedores de figurar en las representaciones que los útiles cotidianos. En Monte Bego las hachas, un objeto bastante común, están proporcionalmente mucho menos presentes en el arte rupestre que otros tipos de armas, a veces de aspecto alógeno (Lumley *et al.* 1976), algo meridianamente claro en el Sur de Suecia donde los prototipos de las armas que aparecen figuradas en las estaciones al aire libre habrían de ser necesariamente importados, ya que no hay en esta región cobre o estaño (Malmer 1981: cap. 7). En esa misma línea Larsson (1986) ha subrayado el hecho de que en el Bronce sueco la gran mayoría de las representaciones de armas se dan precisamente en las áreas donde los hallazgos de éstas son más escasos, asumiendo de esta forma una función al menos parcialmente sustitutoria que también se propone para las estelas del Bronce Final en el Suroeste ibérico (Galán 1993: 76).

En otros casos, sin embargo, existe una mayor coincidencia o, en su caso, una dialéctica más variable entre el repertorio metálico representado y los tipos de objetos que pasan a integrar el registro arqueológico. Tal es el caso del Bronce Antiguo británico, en el que se conocen grabados de hachas en 3 monumentos sepulcrales, aunque este utensilio rara vez forma parte de los ajuares funerarios, pero sí aparece con frecuencia en depósitos y arrojado a los ríos (Bradley 1990). En el Norte de Italia, el arte de Valcamónica revela una compleja relación con los enterramientos contemporáneos: así, muchas de las armas grabadas en las estaciones al aire libre aparecen

también en las estatuas-menhir de las inmediaciones, al tiempo que en otra zona de esa misma región puñales tipológicamente idénticos son depositados en las tumbas, excepto en el área concreta de distribución de las estatuas-menhir, en la cual hallamos sepulturas colectivas de las que esos puñales están completamente ausentes (Barfield 1986). En este último caso, da la impresión de que la presencia de dichos artefactos en las estatuas tiene un efecto equivalente —y sustitutorio— a su deposición en la esfera funeraria, una complementariedad contextual que ya intuíamos más atrás al comentar las similitudes entre la panoplia presente en ciertos petroglifos de armas gallegos y los componentes de los depósitos metálicos coetáneos.

3.2. La evidencia de los túmulos

Se supone a menudo que durante el Bronce existe *siempre* una vinculación consistente y directa entre la erección de túmulos y el enterramiento de uno o más individuos, pero la investigación en varias regiones europeas indicaría que esta interpretación es demasiado simplificadora.

En términos generales sí suele haber una relación entre la construcción de monumentos tumulares y la inhumación de cadáveres en posición articulada, y esta circunstancia se presenta en abierto contraste con la habitualmente menor prominencia y visibilidad de las sepulturas que albergan cremaciones. Este rasgo diferencial aparece muy bien expresado en la terminología centroeuropea, que subraya el primer principio en la denominación “Cultura de los Túmulos” y el segundo en la “Cultura de los Campos de Urnas” que aparece a continuación. Dicha divergencia aparece bien documentada por Patrice Brun (1986) en su análisis de las prácticas funerarias en la región parisina durante el período de los Campos de Urnas, momento en el que el impresionante aumento de las cremaciones va acompañado de una no menos apreciable disminución de las sepulturas monumentales, y sólo cuando se produce posteriormente una cierta recuperación de la práctica inhumatoria aumenta significativamente el número de túmulos.

Una dinámica similar puede observarse en las Islas Británicas, donde inhumación y cremación conviven durante cierto tiempo y sólo cuando en el Bronce Medio se produce un fuerte incremento de las prácticas incineradoras, se documentan paralelamente cambios significativos en las características de las necrópolis. De esta manera en muchos lugares las cremaciones se agrupan en campos de urnas carentes de cualquier tipo de señalización externa, y en aquellos casos en los que se mantienen en uso los túmu-

los, éstos se vuelven significativamente más pequeños que sus antecesores y su presencia física se difumina en el paisaje. Unos pocos hallazgos de transición ayudan a ilustrar este cambio, ya que ocasionalmente aparecen túmulos de estilo tradicional construidos en las postrimerías del Bronce inicial y carentes de enterramiento, si bien en un caso concreto todavía se depositó el ajuar habitual. En los lugares en que un túmulo se constituye como punto nodal de una necrópolis de incineración, un fragmento metálico, habitualmente de un objeto de adorno, es depositado en la periferia del monumento (Bradley 1984: cap. 5), pero en los demás ejemplos la costumbre de depositar lujosos ajuares se desvanece por completo. Túmulos de pequeño tamaño fueron construidos también en el Bronce avanzado irlandés, albergando unos pocos de ellos cremaciones mientras el resto simplemente carecen de restos humanos (Daly y Grogan), todo ello en el mismo período en que se documenta un notable incremento de los depósitos de armas y adornos en ríos y turberas (Cooney y Grogan 1991).

De forma semejante, en el Sur de Escandinavia los túmulos fueron gradualmente cayendo en desuso: al principio, durante el período IV de Montelius los monumentos más antiguos continúan atrayendo la atención y se efectúa en ellos “depósitos votivos”, constituidos por objetos metálicos valiosos sin acompañamiento de restos humanos. Ya en la fase subsiguiente (período V de Montelius) incluso esa tenue vinculación parece quebrarse y los túmulos tradicionales son usados eventualmente para enterrar conjuntos de herramientas y chatarra (Levy 1982), en la misma época en la que se constata también el pillaje ocasional de las ricas sepulturas anteriores (Rittershofer 1987).

Contemplado lo anterior en perspectiva, parece haber una relación directa entre el tratamiento dado al cadáver y las características estructurales de la sepultura: en el Bronce inicial, predomina la inhumación y el muerto es conmemorado a través de la construcción de un monumento. Más adelante, los restos mortales serán destruidos mediante el fuego y el lugar del último descanso apenas es señalado exteriormente. En fecha reciente, Rowlands (1994: 44) ha señalado que este significativo cambio se asocia con nuevos rituales y creencias cuyo origen último se sitúa en el Mediterráneo oriental. Ciertamente, a un nivel más prosaico, las actitudes ante la muerte habían cambiado: los saqueos de tumbas en Escandinavia proporcionan incluso la impresión de que el pasado ya no ejerce la misma fascinación y poder sobre los vivos. También en el Sur de Inglaterra hay ejemplos de la destrucción de necrópolis del Bronce ini-

cial a causa de las prácticas agrícolas durante el Bronce avanzado (Bradley 1981).

3.3. Ajuares funerarios y depósitos votivos

Todos esos cambios van íntimamente ligados con otros desarrollos en el registro arqueológico. Hasta hace bien poco tiempo se contemplaba el paso de los enterramientos bajo túmulo a otras formas de enterramiento menos conspicuas como indicativo de una crisis socioeconómica, al igual que ya se comentó para el caso específico del Noroeste ibérico. En efecto, a lo largo de la Europa occidental donde a principios del Bronce se encuentran ricos enterramientos, a veces con una inusitada acumulación de objetos de prestigio, pasamos a documentar campos de urnas, con un elenco mucho más limitado de artefactos metálicos y unas características generales que en principio resulta difícil conciliar con la existencia de marcadas diferencias sociales, algo más problemático aún en aquellas regiones atlánticas donde cualquier fórmula funeraria parece desaparecer desde mediados del IIº milenio en adelante.

Examinando esas ideas desde nuestra perspectiva actual tenemos la impresión de que su fundamentación era bastante limitada, ya que ignoraba los resultados obtenidos a través de otras categorías de análisis. En primer lugar el estudio de los asentamientos indica que en el Bronce Final se produce la ocupación de lugares bien defendidos naturalmente, algunos de ellos además dotados de fortificaciones (Bradley 1990: cap. 3). Al mismo tiempo, un repaso más atento a la metalurgia del momento apunta hacia la existencia de redes de intercambio a larga distancia, aunado al hecho de que las técnicas de elaboración del metal alcanzan nuevas cotas de virtuosismo. Estos rasgos parecen contradecir la imagen de pobreza —o la simple inexistencia— de la esfera funeraria y se hace necesario examinar las causas de tamaño discordancia.

Al margen de Centroeuropa, donde se da un mayor grado de continuidad con la dinámica de la primera parte de la Edad del Bronce, parece tener lugar un cambio significativo respecto a los contextos en los que el material metálico más elaborado hace su aparición. Simplificando mucho, en la Europa occidental se produce un desplazamiento de los objetos metálicos más valiosos o dotados de significación, particularmente armas, desde las sepulturas hacia otras clases de depósito, a menudo en zonas húmedas (Torbrügge 1971). En la Europa nórdica encontramos una sucesión de eventos similar pero no idéntica, ya que aquí las armas pierden su significado primigenio frente a determinados elementos de adorno y

los objetos metálicos más preciados son transferidos desde las tumbas hacia los depósitos votivos (Levy 1982). Aunque hay importantes diferencias entre esas dos tradiciones regionales, tanto en el Norte de Europa como en el mundo atlántico se producen modificaciones similares: el cadáver es habitualmente destruido mediante combustión y el lugar de enterramiento no se marca de una forma permanente, al tiempo que los materiales que en un principio formaban parte del ajuar son ahora depositados en otro lugar. En el caso concreto de las armas, pueden aparecer ocasionalmente estructuras de madera en las zonas húmedas donde se da la mayor concentración de este tipo de hallazgos (Van Zeist y Waterbolk 1961) e igualmente en Escandinavia los depósitos votivos en las turberas se llevan a cabo de una forma bastante estandarizada y pueden estar acompañados eventualmente de restos faunísticos (Levy 1982).

El estado de conservación de los materiales aludidos merece algunos comentarios, pues se detectan a este respecto distintas dinámicas: a veces las armas son arrojadas a las aguas sin indicios aparentes de haber sido usadas previamente, mientras en otros casos éstas han sido intencionalmente rotas o deterioradas. Los depósitos de objetos de adorno ofrecen también interés, pues aunque éstos rara vez son inutilizados, a menudo muestran huellas claras de desgaste indicativas de su empleo a lo largo del ciclo vital por parte de determinados individuos (Levy 1982), cuyos restos mortales pueden yacer en otro lugar.

3.4. Hallazgos en los ríos y restos humanos

Sería demasiado simplista proponer que los materiales que integran los ajuares funerarios fueron transferidos a otros lugares especiales a partir de cierto momento, como ya señalamos al tratar el caso gallego. Por el contrario, creemos muy posible la existencia más o menos coetánea de diversas maneras de tratar el cadáver durante el Bronce Pleno. A este respecto, ya hace tiempo algunos autores habían llamado la atención hacia el hecho de que en yacimientos británicos de ese período se documentase la aparición ocasional de restos humanos, que según noticias antiguas se recuperaban también en zonas de río donde se habían extraído artefactos metálicos, especialmente en puntos donde se había observado la presencia de construcciones de madera (Phillips 1941). La probable significación de estos descubrimientos sólo ha podido apreciarse recientemente, al acometerse un análisis sistemático de las colecciones de los museos londinenses, el cual ha mostrado que muchos de los hallazgos de armas en el Támesis estaban acompañados de cráneos humanos. Éstos per-

tenecían mayoritariamente a varones adultos sin evidencia de traumatismos y habían sido entregados a las aguas una vez descarnados. La datación radiocarbónica de estos restos ha confirmado que en su mayoría deben fecharse en el Bronce Final (Bradley y Gordon 1988). Posteriormente, en el curso de una excavación de urgencia en la región SE de Inglaterra (Fengate Power Station) se ha sacado a la luz en una zona pantanosa una serie de objetos metálicos y restos humanos, concentrándose en torno a una plataforma de madera, todo lo cual se remonta a la segunda mitad del II^o milenio (Pryor 1992).

Parece claro que esa clase de prácticas se extiende por una amplia área, pues tenemos informes recientes de su presencia en Bélgica, Holanda e Irlanda (Cooney y Grogan 1991; E. Warmenbol com. pers.; N. Roymans com. pers.) y aunque no se dispone todavía de cronologías absolutas, de nuevo parece reiterarse la asociación entre cráneos humanos y armas en medios acuáticos.

Hay por último informaciones muy fragmentarias acerca de la aparición de depósitos de objetos de adorno junto con algún hueso humano aislado (Taylor 1982), que en cualquier caso no parecen pertenecer a un enterramiento primario, si bien a falta de más detalles es difícil pronunciarse acerca de la naturaleza precisa de esos hallazgos.

4. EPÍLOGO

La serie de fenómenos que acabamos de analizar desde la doble perspectiva del Noroeste ibérico y de otras áreas europeas sirven en nuestra opinión para subrayar la necesidad de evitar una lectura reduccionista del registro arqueológico, sea éste pobre o rico, favoreciendo en cambio una aproximación dialéctica y contextual.

Como hemos venido comentando a lo largo de este artículo, es preciso efectuar el análisis de los diferentes elementos o contextos para un período dado no de una forma aislada, sino de una manera integrada que contemple la mudanza de significados asignados a objetos y prácticas en distintos momentos y marcos de actuación.

Finalmente, muchos de los rasgos que apenas se intuyen en el Bronce del Noroeste están documentados más claramente en otras zonas de la Fachada Atlántica, por lo que es razonable esperar la aparición de nuevas y más completas evidencias en esa misma línea dentro de la primera región mencionada, contribuyendo así a llenar el vacío de información que actualmente aflige al registro arqueológico durante una parte importante del II^o milenio.

NOTAS

- 1.- Con este término se designa localmente un grupo de túmulos de pequeño tamaño, contruidos exclusivamente a base de piedras.
- 2.- No obstante, algunas noticias antiguas sobre la aparición de hachas en contextos tumulares podrían verse confirmadas con el reciente hallazgo de un hacha plana de bronce y un brazal de arquero en el pequeño túmulo de Los Fitos, Asturias (Blas 1994: 119).
- 3.- En el caso concreto del Noroeste ibérico, las condiciones de preservación impiden casi siempre la supervivencia de la evidencia más directa —huesos— de las prácticas pastoriles, aunque algún hallazgo paleontológico ocasional y la frecuente localización de yacimientos del Bronce en las proximidades de buenas reservas de pasto apoyarían la existencia en nuestra área de dinámicas parecidas a las propuestas en otros lugares de la Península (Harrison 1993).
- 4.- También recientes trabajos arqueológicos en las Beiras han puesto al descubierto pequeños *cairns* conteniendo cistas o fosas, datados en el Bronce final (D. Cruz com. pers.).
- 5.- De todos modos, se han alzado algunas dudas acerca de la natura-

leza precisa y la cronología de este yacimiento, dada la existencia de otra fecha (Tabla 1) y cerámicas de datación ligeramente posterior, a lo que habría que añadir la aparente mezcla de actividades domésticas y rituales en esta compleja estación (Belén *et al.* 1991: 241; Ruíz-Gálvez 1991: 259).

6.- En este caso nos hallamos ante la tesitura de confrontar fechas obtenidas de forma muy distinta: por un lado el C-14 calibrado y por el otro las extrapolaciones derivadas de la cronología comparada.

7.- Trabajos efectuados en Galicia durante los últimos años están mostrando también la relación ocasional entre petroglifos —más concretamente cazoletas— y túmulos: así en el suelo de la cámara de Os Campiños 6 (Coruña) se habían grabado 21 *coviñas* (Fábregas y Fuente 1991-1992: 101) y en otras comarcas gallegas se detecta este mismo fenómeno (Filgueiras y Rodríguez 1994), apareciendo cazoletas en afloramientos sobre los que se alzan los túmulos y a veces en los mismos ortostatos.

BIBLIOGRAFÍA

- BARFIELD, L. (1986): Chalcolithic burial rites in Northern Italy: problems of interpretation. *Dialoghi di Archeologia*, 2: 241-248.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L.; BOZZINO, M.I. (1991): El mundo funerario del Bronce final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 225-256.
- BERTILSSON, U. (1986): Rock carvings and graves: spatial relationships. *Words and Objects* (G. Steinsland, ed.) Oslo: 9-20.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1994): El anillo áureo de tiras de La Mata 1 Casare I y su localización megalítica. *Madriditer Mitteilungen*, 35: 107-122.
- BRADLEY, R. (1981): From ritual to romance: ceremonial enclosures and hillforts. *Hillfort Studies* (G. Guilbert, ed.) Leicester: 20-27.
- BRADLEY, R. (1984): *The Social Foundations of Prehistoric Britain*. Harlow.
- BRADLEY, R. (1990): *The Passage of Arms. An Archaeological Analysis of Prehistoric Hoards and Votive Deposits*. Cambridge.
- BRADLEY, R. (1992): Turning the world: rock carvings and the archaeology of death. *Vessels for the Ancestors* (N. Sharples y A. Sheridan, eds.) Edinburgh: 168-176.
- BRADLEY, R.; GORDON, K. (1988): Human skulls from the River Thames, their dating and significance. *Antiquity*, 62: 503-509.
- BRADLEY, R.; CRIADO BOADO, F.; FÁBREGAS VALCARCE, R. (1994): Los petroglifos como forma de apropiación del espacio: algunos ejemplos gallegos. *Trabajos de Prehistoria*, 51(2): 11-20.
- BRADLEY, R.; MATTHEWS, M.A. (en preparación): Rock carvings and round cairns on the Northumberland sandstone.
- BRUN, P. (1986): *La civilisation des Champs d'urnes: étude critique dans le Bassin parisien*. París.
- BURGESS, C.; GERLOFF, S. (1981): *The Dirks and Rapiers of Great Britain and Ireland*. Prähistorische Bronzefunde IV.7. München.
- CALO, F.; SIERRA, X.C. (1983): As orixenes do castrexo no Bronce Final. *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia* (G. Pereira, ed.): 19-86. Santiago de Compostela.
- COONEY, G.; GROGAN, E. (1991): An archaeological solution to the 'Irish' problem? *Emainia*, 9: 33-43.
- CRIADO BOADO, F.; FÁBREGAS VALCARCE, R. (1989): Aspectos generales del megalitismo galaico. *Arqueologia*, 19: 48-63.
- CRUZ, D. J. DA (1992): *A mamoa 1 de Chã de Carvalhal (Serra da Aboboreira)*. Conimbriga. Anexos, 1. Coimbra.
- DALY, A.; GROGAN, E. (1993): Excavation of four barrows at Michelstowndown West, County Tipperary: final report. *Discovery Programme Reports*, 1: 44-60.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1992): El enterramiento campaniforme del túmulo 1 de Aldeagordillo (Avila). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*: 97-132.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1993): La secuencia cultural durante la Prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española. *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Actas*, 1. Porto: 145-178.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. (1993): ¿Enterramientos tumultuales en la Edad del Bronce? Nuevas evidencias para el Noroeste. *Espacio, Tiempo y Forma*, 6: 181-204.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. (1995): La realidad funeraria en el Noroeste del Neolítico a la Edad del Bronce. *Arqueología da Morte*, Xinzo de Limia: 95-125.
- FÁBREGAS VALCARCE, R.; FUENTE ANDRÉS, F. (1991-1992): Excavación da mámoa 6 de Os Campiños (Leiro, Rianxo). Campaña de 1984. *Brigantium*, 7: 91-149.
- FILGUEIRAS REY, A.; RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, T. (1994): Túmulos y petroglifos. La construcción de un espacio funerario. Aproximación a sus implicaciones simbólicas. *Espacio, Tiempo y Forma*, 7 (en prensa).
- FUENTE ANDRÉS, F. DE LA (1988): El material cerámico. *Aproximaciones a la cultura material del megalitismo gallego* (R. Fábregas Valcarce y F. de la Fuente Andrés). *Arqueohistorica*, 2. Santiago de Compostela: 73-154.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum extra, 3, Madrid.
- GONÇALVES, A.H.B. (1981): A estação pré-histórica do Monte Calvo-Baião. Notícia preliminar. *Trabalhos do Instituto de Antropologia*, 42. Porto.
- HANSEN, S. (1991): *Studien zu den Metalldeponierungen während der Urnenfelderzeit im Rhein-Main Gebiet*. Bonn.
- HARRISON, R.J. (1993): La intensificación económica

- y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce. *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. 2: 293-299. Porto.
- HODDER, I. (1982): *Symbols in Action. Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*. Cambridge.
- IGLESIA, S. DE LA (1908): Catálogo de la sección de protohistoria gallega de la colección de Santiago de la Iglesia. *Almanaque de Ferrol para el año de 1908*: 59-67. Ferrol.
- JORGE, S.O. (1980): A estação arqueológica do Tapa-do da Caldeira. *Portugalia*, 1: 29-50.
- JORGE, S.O. (1985): Datas de Carbono 14 para a Pré-história recente do Norte de Portugal: os dados e os problemas. *Arqueologia*, 12: 154-183.
- JORGE, S.O. (1988): *O povoado da Bouça do Frade (Baião) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal*. G.E.A.P., Monografías Arqueológicas, 2, Porto.
- KALB, P.; HÖCK, M. (1979): Escavações na necrópole de mamoas "Fonte da Malga". *Beira Alta*, 38: 595-604.
- LARSSON, T. (1986): *The Bronze Age Metalwork in Southern Sweden*. Umeå.
- LEVY, J. (1982): *Social and Ritual Organisation in Bronze Age Denmark. An Analysis of Ritual Hoard Finds*. B.A.R. International Series, 124. Oxford.
- LILIOS, K.T. (1993a): Regional settlement abandonment at the end of the Copper Age in the lowlands of west-central Portugal. *Abandonment of settlements and regions: Ethnoarchaeological and Archaeological approaches* (C. Cameron y S. Tomka, eds.) Cambridge: 110-120.
- LILIOS, K.T. (1993b): Agroal and the Early Bronze Age of the Portuguese lowlands. *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Actas*, vol. 2: 261-291, Porto.
- LUMLEY, H. DE; FONTEVIELLE, M.; ABELANET, J. (1976): Les gravures rupestres de l'âge du bronze dans le région du Mont-Bego. *La Préhistoire Française* (J. Guilaine, ed.), 2. Paris: 222-236.
- MALMER, M. (1981): *A Chorological Study of North European Rock Art*. Stockholm.
- MEIJDE CAMESELLE, G. (1988): *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*. Arqueohistórica, 1. Santiago de Compostela.
- MEIJDE CAMESELLE, G. (1989): Un importante conjunto del Bronce Inicial de Galicia: el depósito de Leiro (Rianxo, A Coruña). *Gallaecia*, 11: 151-164.
- MEIJDE CAMESELLE, G. (1994): El concepto de las relaciones atlánticas en la Edad de Bronce del Noroeste. *Edad del Bronce* (L. Castro y S. Reboreda, coord.) Xinzo de Limia: 197-231.
- MEIJDE CAMESELLE, G. (1995): La necrópolis del Bronce Inicial del Agro de Nogueira (Toques, A Coruña). *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo 1993), 2: 85-88.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F. (1994): La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallego. *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1): 77-94.
- PEARSON, G.W.; STUIVER, M. (1993): High-precision bidecadal calibration of the radiocarbon time scale 500-2500 BC. *Radiocarbon*, 35: 25-33.
- PEÑA SANTOS, A.; REY GARCÍA, J.M. (1993): El espacio de la representación. El arte rupestre galaico desde una perspectiva territorial. *Pontevedra*, 10: 11-50.
- PEÑA SANTOS, A.; COSTAS GOBERNA, J.; REY GARCÍA, J.M. (1993): *El arte rupestre en Campo Lameiro*. Campo Lameiro.
- PHILLIPS, C.W. (1941): Some recent finds from the Trent near Nottingham. *Antiquaries Journal*, 21: 133-143.
- PRYOR, F. (ed.) (1992): Current research at Flag Fen, Peterborough. *Antiquity*, 64: 439-531.
- RITTERSHOFER, K.-F. (1987): Grabrub in der Bronzezeit. *Bericht der Römisch-Germanischen Kommission*, 68: 5-23.
- ROWLANDS, M. (1994): Childe and the Archaeology of Freedom. *The Archaeology of V. Gordon Childe* (D. Harris, ed.). London: 35-54.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1991): Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.
- SANTOS, N.C. (1992): Diversidade, diversificação e diferenciação. Aspectos da dinâmica do povoamento calcolítico na fachada atlántica da Península Ibérica. *Elefantes, ciervos y ovicaprinos. Economía y aprovechamiento del Medio en la Prehistoria de España y Portugal* (J.A. Moure, ed.) Santander: 253-274.
- SHANKS, M.; TILLEY, C. (1987): *Social Theory and Archaeology*. Oxford.
- SHENNAN, S. (1988): *Quantifying Archaeology*. Edinburgh.
- STUIVER, M.; REIMER, P.J. (1993): Extended 14C database and revised CALIB radiocarbon calibration program. *Radiocarbon*, 35: 215-230.
- TAYLOR, R. (1982): The hoard from West Buckland, Somerset. *Antiquaries Journal*, 62: 13-17.
- TORBRÜGGE, W. (1971): Vor- und frühgeschichtliche

- Flüßfunde. *Bericht der Römisch-Germanischen Kommission*, 52: 1-146.
- VAQUERO LASTRES, J. (1993): Megalitismo na depresión de As Pontes. *Seminario O Megalitismo en Galicia*, Vilalba.
- VAQUERO LASTRES, J. (1995a): Túmulos del NW peninsular: escenas. *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo 1993), 1: 39-45.
- VAQUERO LASTRES, J. (1995b): Túmulos tardíos en el NW. RB1: estructuras. *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo 1993), 1: 405-410.
- ZEIST, W. VAN; WATERBOLK, H. (1961): A Bronze Age sanctuary in the raised bog at Bargerosterveld. *Helinium*, 1: 5-19.